

Astrolabio. Revista internacional de filosofía
Año 2009. Núm. 9. ISSN 1699-7549. 248-253 pp.

Como una novela (filosófica)

Fernando Bayón: *La prohibición del amor. Sujeto, cultura y forma artística en Thomas Mann*. Barcelona, Anthropos, 2004, 414 pp.

Fernando Bayón: *Filosofía y leyenda. Variaciones sobre la última modernidad (de Tolstói a Musil)*, Barcelona, Anthropos, 2009, 288 pp.

Los dos libros publicados en los últimos años por Fernando Bayón, Doctor en Filosofía por la Universidad de Deusto (donde ejerce la docencia actualmente) y, hasta hace poco, investigador contratado del Instituto de Filosofía del CSIC son, bajo mi humilde punto de vista, honrosas y felices excepciones que confirman una triste e implacable regla que, si bien matizada o debilitada por la progresiva aparición de este tipo de trabajos heterodoxos, sigue vigente si hablamos del panorama investigador y editorial hispano. Formulada a grandes rasgos, esta regla – aplicable en general a todos los que nos movemos en el ámbito de las Humanidades (filósofos, sociólogos, historiadores, etc.) – vendría a establecer una especie de límite o frontera según la cual, la literatura de ficción quedaría excluida por defecto del conjunto de textos susceptibles de ser utilizados como fuentes o documentos válidos para crear un conocimiento riguroso y serio; un conocimiento que algunos llaman *científico*. Como sabemos bien quienes trabajamos e investigamos con este tipo de fuentes, ya sea una novela, una pieza de teatro o un conjunto de poemas, en determinados estamentos y departamentos del mundo universitario se sigue mirando con cierta condescendencia a aquellos investigadores que emplean la literatura de ficción como una herramienta más en su labor profesional, abriendo nuevos caminos de interpretación y desoyendo los cánones y directrices marcadas tradicionalmente por la Academia.

Hablando ya de la filosofía elaborada y practicada en España, uno de estos colectivos que transitan desde hace años por ese camino de la heterodoxia que es la interdisciplinariedad, palabra audible en boca de todo el gremio universitario pero invisible en la mayoría de los trabajos que éste genera, es el grupo de investigación que trabaja desde hace años en el CSIC, a través de varios proyectos de investigación dirigidos por el profesor José María González García, pionero en esto de la indagación de las “afinidades electivas” entre literatura, sociología y filosofía. Es dentro de esta misma línea de trabajo dedicada a la relación entre la literatura y la filosofía durante la crisis de la Modernidad – la “última modernidad” la llama Bayón – que abarca a grandes rasgos el período que va del 1850 al 1950, donde se inscriben estos dos trabajos publicados por Anthropos en 2004 y 2009, respectivamente.

El primero de estos libros, *La prohibición del amor*, es uno de los mejores trabajos dedicados a la obra del escritor alemán Thomas Mann, de todos los publicados en España. Se trata de una monografía, fruto de la tesis doctoral del autor sobre el mismo tema, en la que Bayón hace un soberbio ejercicio de historia conceptual que le lleva a rastrear y a documentar la evolución de tres conceptos capitales en la

extensa y dilatada obra de Mann que son, a la sazón y como se encarga de destacar el autor, conceptos fundamentales en cualquier forma de pensamiento actual: *sujeto, cultura y forma artística*.

Lo que hace Bayón a lo largo de las cuatrocientas páginas de esta monografía es entablar un sugerente diálogo entre las obras maestras de la producción manniana y algunas de las más conocidas teorías y elaboraciones conceptuales emergidas de entre las obras de algunos de los más conspicuos pensadores alemanes, con el ánimo de demostrar que los problemas axiales del individuo moderno no sólo fueron materia de análisis sociológico o filosófico durante la crisis existencial que éste mismo individuo vive en el cambio de siglo y las primeras décadas del siglo pasado, sino que fueron también, y en otro sentido, tópicos literarios de las mejores obras que ha dado a luz la literatura nacida de este mismo desencantamiento que agita el corazón y la razón del hombre moderno. En este sentido, el autor pone como ejemplo de este tipo de afinidad, la que podemos observar entre algunas de las mejores obras de Mann y algunos de los trabajos fundamentales de la sociología alemana: las *Consideraciones de un apolítico* y *Comunidad y asociación*, *Los Buddenbrook* y *El burgués*, la *Muerte en Venecia* y *El concepto y la tragedia de la cultura* o *Doktor Faustus* y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

En un primer capítulo introductorio, el autor sugiere algunos de los paralelismos que pueden trazarse entre la literatura de Mann y la obra de estos autores, sobre todo, en lo tocante a la parte de su pensamiento que informa sobre la construcción cultural de la *personalidad* del individuo moderno. Respecto a Tönnies, Bayón nos advierte sobre el indudable paralelismo existente entre las categorías que forman los binomios *cultura/civilización* en Mann y *comunidad/asociación* en el propio Tönnies. En segundo lugar, se apunta la conexión entre el “vaciamiento ético” que afecta a los últimos integrantes de la famosa saga de *Los Buddenbrook* y el juicio de Sombart según el cual, cuando el hombre económico moderno malentende el ejercicio de la virtud, acaba por verse sometido a la pura coacción. Del resultado de la comparación entre la literatura de Mann y la sociología de Troeltsch, Bayón llama nuestra atención sobre el hecho de que ambas insisten en que no debemos ver las señas definidoras – individualismo, relativismo, eficiencia – del hombre moderno como simples y llanas reacciones contra la ética del ascetismo protestante y sus valores de soledad, diligencia y contención. De Simmel se destaca la potencia que es capaz de alcanzar su metáfora del secreto en las novelas *José y sus hermanos* y *La montana mágica*; si en la primera lo importante es el cultivo del secreto, en cuanto bien individual que adquiere su valor a través de su reclamo social, en la segunda lo importante es justamente lo contrario: la socialización del secreto. Por último, este *repoker* de pensadores es completado con la prominente figura de Max Weber, sin duda la más presente a lo largo del libro.

No en vano, el segundo capítulo del libro – “*Los Buddenbrook* y el desencantamiento del mundo. Afinidades electivas entre Thomas Mann y Max Weber” – es un análisis exhaustivo de la célebre historia familiar ideada por Mann a la luz de la filosofía weberiana y viceversa. Bayón analiza una serie de conceptos clave en la formación del sujeto moderno y de su idea de la cultura, contenidos en

la obra de Mann y en algunas obras de Weber, especialmente en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. De este repaso contrastivo y comparativo cabe destacar el estudio de los conceptos de *vocación (Beruf)*, *ascesis*, *capitalismo* y *protestantismo*. Inevitablemente simplificada por mi parte, la conclusión a la que llega Fernando Bayón respecto a estos dos autores apuntaría a la idea de que tanto uno como otro transmiten a través de sus obras, su sensibilidad a un mismo proceso de decadencia, de desencanto. Como sintetiza el autor, “sus talentos no se ordenan con tanta fuerza e inspiración al análisis de la implosión o derrumbe de la parsimonia tradicionalista como al estudio del desgarrador proceso que supuso el declive, la secularización y el desencantamiento precisamente de aquel espíritu que libró batalla contra ella, contra el conservadurismo económico” (96).

El protagonismo total del tercer capítulo lo adquiere una de las obras más filosóficas de Mann: *Doktor Faustus*. En su estudio de esta novela, Bayón vuelve sobre la vocación – la vocación musical – de su protagonista, Adrián Leverkühn, y sobre un ascetismo que el autor entiende como “la ordenación racional de una existencia dedicada al cultivo de una serie de cualidades éticas específicas”. Para el autor, el protagonista de esta novela demuestra, pese a su condición de artista – o quizá precisamente por ella –, un cierto cansancio frente a todo lo que es “armazón” en el arte; un desasosiego espiritual que lo sitúa en la esfera de ese *desencantamiento del mundo* preconizado por Weber. Es en definitiva la idea de ese *pacto con el diablo* sellado por Leverkühn, lo que nos lleva a hablar de su ascesis y a emparentar los discursos de Mann y de Weber: “Si éste último fue el gran profeta del vaciamiento religioso sobre el que se asientan los procesos de producción de una *personalidad racional* individual y colectiva – concluye Bayón –, el primero fue el *encantador trágico* que modeló desde la ficción los destinos de aquellos espíritus (individuales, nacionales) más propensos a vivir en toda su patética consecuencia ese vaciamiento” (229).

El libro se cierra con un cuarto capítulo dedicado a ahondar en esa tríada conceptual – sujeto, cultura y arte – que forma la espina dorsal del análisis de la obra de Mann hecho por Bayón, desde el intento de explicarnos lo que podríamos llamar el *modus operandi* o la metodología empleada por el escritor alemán nacionalizado estadounidense, a la hora de poner en pie esos edificios filosófico-literarios que son sus ficciones. Para el autor de *La prohibición del amor*, el método de Mann oscilaría entre el carácter dialéctico de su mentalidad creativa, en ese gusto del escritor germano por trasladar al lector esa tensión que siempre generan las categorías opuestas y las realidades antitéticas por una parte, y la forma agonística en que esa tensión se manifiesta en sus novelas, por otra.

Con estos cuatro capítulos y unas conclusiones finales se cierra una monografía que, como digo, debe ocupar un lugar de referencia no sólo entre la bibliografía dedicada al escritor de Lübeck, sino también, entre la creciente – pero todavía insuficiente – producción de autores nacionales dedicada a este estudio de la hibridación y la interrelación entre disciplinas y géneros. Si es verdad que el libro se centra básicamente en las novelas más representativas de Mann, que son también aquellas sobre las que más se ha discutido, dejando un poco al margen otras obras menos conocidas para el gran público, no es menos cierto que, desde mi punto de

vista, el libro cumple el ambicioso compromiso adquirido por el autor en su prólogo: rescatar a Mann de “las garras de ese olvido filosófico especializado en cubrir con un tupido manto de discreción pseudocientífica todo pensamiento auténticamente vivo y profundo que esté contenido en una novela – por el mero hecho de estarlo”(14).

Sin abandonar del todo a su autor predilecto, pues su obra es retomada en uno de los capítulos, en *Filosofía y leyenda* Bayón amplía el abanico de autores y de obras sobre los que aplicar su agudo instinto analítico y, de justicia es decirlo, una desbordante erudición y un sorprendente dominio de ámbitos y terrenos del conocimiento tan aparentemente alejados como son la ópera clásica, la historia política, la arquitectura moderna o la poesía. Con una metodología similar a la empleada en el anterior libro, el autor establece una especie de hilo conductor que es a la vez un sendero con múltiples paradas que atraviesa lo que él llama “el siglo de la última modernidad”, ese período (1850-1950) que delimita la crisis de una visión del mundo y que es, a la vez y sin embargo, un momento histórico de una extraordinaria riqueza en lo que a la creación artística de Occidente se refiere; en este punto, convengo con el autor en que, efectivamente, y cómo se encarga de señalar en el prólogo, “siempre ha sido fácil hacer literatura, drama y filosofía de las ruinas”.

La heterogeneidad existente entre los autores y las obras estudiadas por Bayón en *Filosofía y leyenda* no es tan grande como para no permitirnos hablar de estos autores como de una especie de “colegio invisible”, creado y agrupado por Bayón en torno a este declive de la modernidad, pero si es la suficiente como para que cada uno de los capítulos del libro merezcan un comentario aparte, siquiera sea un mínimo apunte sobre su contenido y oportunidad.

Cronológicamente hablando, el siglo XIX está ocupado en el libro por tres capítulos o “variaciones sobre la última modernidad”, como las llama el autor. La primera de ellas tiene como protagonista la monumental novela de Tolstói, *Guerra y paz*. Bayón pone el acento aquí en la originalidad de esta obra en cuanto defensora de una concepción de la historia totalmente opuesta a la imperante en el siglo XIX. Coincidiendo con alguno de los grandes estudiosos de la obra del escritor ruso como Isaiah Berlin, Bayón atribuye al impresionante cuadro pintado por el ruso en *Guerra y paz*, la capacidad de dar vida a unos individuos, los sujetos históricos omitidos en los manuales de historia o camuflados entre la masa, que la hábil pluma de Tolstói es capaz de rescatar en toda su contingencia y su finitud, en toda su humanidad. A través los personajes de sus novelas nos dice el autor, Tolstói nos apremia a buscar la identidad personal en el punto medio de esa tensión vital entre razón y conciencia, entre lo personal y lo colectivo.

Con el segundo capítulo, el lector da un salto geográfico y se sitúa en uno de los clásicos de la literatura norteamericana, el *Moby Dick* de Herman Melville, que el autor estudia en términos de epopeya nacional y de *epos* prelincolniano, destacando las reminiscencias bíblicas del texto y sus vínculos con la filosofía de la naturaleza de Emerson y con la figura del Leviatán hobbesiano. Bayón acaba proponiéndonos una sugerente lectura del océano de la novela como límite para la democracia americana; si hay un lugar donde la omnipresente Nación americana no puede

llegar, un lugar donde el omnipotente Dios americano no puede regir, ése es el mar indómito de *Moby Dick*.

Muestra de esa erudición del autor de *Filosofía y leyenda* a la que me he referido es el capítulo con el que cierra el siglo XIX, dedicado a ese hombre que en palabras de Nietzsche compendia en su persona toda la Modernidad: Richard Wagner. Emparentándolo con iconoclastas de la talla de un Ibsen, un Marx o el propio Nietzsche, deseosos todos ellos de “destruir las formas religiosas, políticas y artísticas fruto de los siglos”, Bayón observa a Wagner como un epítome de la Modernidad, “si se entiende la naturaleza de lo moderno como límite entre las plurales tradiciones ilustradas y la desordenada proliferación de indigencias que iban asomando ya por debajo de sus victorias racionales” (87).

El recorrido por el siglo XX parte de la siempre inquietante figura del portugués Fernando Pessoa – y sus múltiples heterónimos –, narrador de la Modernidad a través de una ingente obra poética que tiene en la idea del *exilio* – concepto clave en esta crisis de la Modernidad – uno de sus ejes. El exilio alberga en la obra de Pessoa un significado diferente al que se le suele atribuir en sus acepciones más clásicas; lo original en la poesía de Pessoa radica, según el autor, en su capacidad para verbalizar esa “filosofía del vacío que se abre entre el muelle y el barco que parte” y en su capacidad para transmitir esa “desposesión del alma”, ese desasosiego – nunca mejor dicho – que nos invade a la vuelta al hogar después de una ausencia prolongada.

Como no podía ser de otra forma, *Filosofía y leyenda* también se ocupa de otro de los temas predilectos de los escritores de la crisis: el malestar que produce en el individuo moderno la vida en la ciudad y esa agitación nerviosa de la vida mental que tan bien supo asociar Simmel a la experiencia metropolitana. En otra feliz combinación, Bayón hace un retrato de la ciudad por antonomasia, Nueva York, a través del *Poeta en Nueva York* lorquiano y de los escritos sobre urbanismo de Le Corbusier. Si la poesía de Lorca se puede leer como esa angustia existencial que causa en el individuo el impacto de esa jungla de cemento deshumanizada, el racionalismo de Le Corbusier le hará concluir que la Gran Manzana de los años treinta es una “progresión geométrica del caos”, donde “los acontecimientos, por doquier, han superado el control del espíritu”.

En el sexto capítulo el autor retoma la obra de Mann, cinco años después, y la combina con la del compositor alemán Arnold Schönberg, en un capítulo dedicado al mito de Moisés y a la relevancia que éste adquiere en el contexto de la amarga agonía de la República de Weimar y el exilio posterior que propició su caída. La respuesta del intelectual alemán a la ofensa hitleriana de su ética, se plasmará en la obra de escritor y músico a través de sendas revisiones de la leyenda mosaica: la tetralogía de Mann *José y sus hermanos* y la ópera de Schönberg *Moses und Aron*, retrato fiel según el autor, de ese “síntoma de Weimar”.

Y en un libro sobre la crisis de la Modernidad, no podían faltar de ninguna forma unas páginas dedicadas a la ciudad en donde esa Modernidad tuvo en parte su principio y su fin: Viena. Si la Viena *fin-de-siècle* estudiada por Schorske es la ciudad por excelencia de los intelectuales (Freud, Hofmannsthal, Wittgenstein, Kraus o Broch) y de una efervescencia cultural sin precedentes, esa misma Viena es

la que denunció cómo esa aparente solidez de la Modernidad se desvanecía en el aire. Del Freud como notario de lujo de esa “ruina en ciernes” hasta la metáfora del bloc mágico freudiano, pasando por el testigo de ese retrato de la debacle que es *Los últimos días de la humanidad* de Karl Kraus. Todo eso es lo que aborda Bayón en su repaso a la Viena finisecular.

El final de este recorrido por la Modernidad lo pone Bayón con un capítulo – “Robert Musil y los Estados Desunidos de Europa” – en el que se analiza una novela, *El hombre sin atributos*, que sintetiza como casi ninguna otra ese vacío existencial que embarga al hombre de la última modernidad. Con la ayuda de la filosofía de Hans Blumenberg, el autor interpreta una novela en la que, según sus palabras, “el yo es un centro elidido” y el mundo una realidad donde “las experiencias se han independizado del hombre”. Junto a esta faceta más conocida de la ficción musiliana, el autor destaca también la crítica de la novela al nacionalismo y a ese concepto romántico de Nación que recorría el centro de Europa.

Con este octavo y último capítulo se cierran estas variaciones que van de Tolstói a Musil y que cubren el recorrido propuesto por Fernando Bayón en *Filosofía y Leyenda*. Pese a la cierta linealidad que pueda desprenderse de mi necesariamente acelerado y simplificado análisis de la obra, se trata de ocho ensayos que, al margen de las manifiestas similitudes, pueden ser leídos de forma independiente. No sucede lo mismo en el caso de *La prohibición del amor*, obra concebida – ésta sí – como un todo unitario y monográfico que gira en torno a la obra de Thomas Mann.

En lo que sí que coinciden ambos libros, además de en su método interdisciplinario y en el ágil y agradecido estilo literario de su autor, es en algo que, visto desde mi perspectiva, resulta mucho más importante. Me refiero al mensaje que intenta transmitir el autor, en un desiderátum que es a la vez desafío e ideal y que se me antoja la mejor conclusión posible a este texto. Ese guante lanzado y ese deseo formulado no es otro que el de dar a la literatura de ficción la importancia y el lugar que merece en cualquier investigación. En palabras escritas por el propio Bayón en la conclusión a *La prohibición del amor* y que hago mías (donde él dice “filosofía” yo añadiría “historia”), “la novela no es un *velo* que haya que rasgar para ver más nítidamente la filosofía supuestamente empañada por él. Una vez rasgado, el hipotético tesoro de un pensamiento desnudo oculto al *otro lado* quedaría en nada pues, propiamente hablando, no existe ningún *más allá* de ese *velo*” (399). O dicho en otras palabras, el espíritu que anima las lecturas plasmadas por Fernando Bayón en estos libros es el mismo que animaba a Daniel Pennac cuando, con palabras sencillas y sabias, nos contaba que sus alumnos habían olvidado lo que era un libro; habían olvidado que “una novela *cuenta ante todo una historia*” y, lo más importante: habían olvidado que una novela debe leerse así, “como una novela”.

Francisco Fuster García
Departamento de Historia Contemporánea
Universidad de Valencia